



CAPÍTULO VI

Trabajo y espiritualidad:
Desafíos contemporáneos
iluminados por José, el
carpintero de Nazaret

Dr. Juan Francisco Rodríguez Cortés, Colombia

Esposo y padre de familia. Estudió Matemáticas puras en la Universidad Nacional de Colombia, Maestría en Teología en la Pontificia Universidad Javeriana y Doctorado en Teología en la misma institución. Trabaja actualmente como socio consultor de la firma Life inc., la cual asesora procesos de cambio y alineación cultural desde un marco de la espiritualidad; y es investigador en teología mística, cristianismo primitivo, espiritualidad cristiana oriental y mística latinoamericana. Su última publicación fue el libro *La dimensión espiritual de las organizaciones*. Lidera el portal Silencio y Espiritualidad, donde se ofrecen ejercicios espirituales y ejercicios de contemplación de forma virtual y presencial.

Resumen

Hay una relación estrecha entre espiritualidad y trabajo que se ha hecho más evidente con la transformación del mundo laboral por diversas razones; entre ellas, la pandemia por COVID-19. Esta investigación tiene por objetivo iluminar algunos desafíos del trabajo actual desde la figura de san José, en quien confluyen trabajo y mística. Se siguen las tres mediaciones del método teológico latinoamericano: primero, con una mirada socioanalítica e interdisciplinar acerca de los retos del mundo laboral actual y su agudización con la pandemia, como lo son la fatiga, la falta de claridad y discernimiento, el influjo del dinero y los incentivos económicos, y la gestión de la sostenibilidad. Segundo, la mediación hermenéutica a partir de los testimonios neotestamentarios sobre José. De una parte, como hombre justo, por lo que se explora la relación entre justicia divina y descanso; como hombre de discernimiento en momentos de crisis e incertidumbre; la fecundidad de su trabajo más allá de la esfera económica; y su relación con el Verbo encarnado como camino de restauración de las relaciones fundamentales del ser humano. Por último, la mediación de la praxis, en este caso, mistagógica, a partir del silencio de José como camino de encuentro y plenitud.

Palabras clave: san José, trabajo y espiritualidad, espiritualidad en el lugar de trabajo, pandemia y trabajo.

DOI CAPÍTULO VI: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C603](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C603)

Para citar este capítulo: Rodríguez, J (2021). Trabajo y espiritualidad: Desafíos contemporáneos iluminados por José, el carpintero de Nazaret. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 118 – 137). Editorial Universidad Católica de Pereira.

1. Introducción

En la figura de san José confluyen dos temas importantes para el quehacer teológico actual: espiritualidad y trabajo. El carpintero y el místico. El contexto presente —pandemia incluida— ha supuesto desafíos sin precedentes para muchas personas en su vida laboral. A su vez, este tiempo de crisis global ha sido también una primavera espiritual.

Los momentos adversos suelen ser especialmente fecundos para el despertar del anhelo místico, pues el ser humano puede percibir con mayor clarividencia su condición de indefensión y pequeñez. Dicho de otro modo, se hace humilde, y la humildad es la puerta angosta que conduce a la vida verdadera (Lc 13, 24). El cambio, el duelo, la enfermedad y el miedo nos confrontan con las grandes preguntas de la vida; y germina, en tiempos así, un mayor deseo de paz y de tranquilidad.

Aunque las referencias a José sean escasas, estos dos aspectos —mística y trabajo— están en el centro de los relatos. Él es un hombre que debe discernir qué hacer en momentos llenos de incertidumbre y adversidad, por lo que su vida se presenta como un camino de apertura y acogida de la voluntad divina. Por otra parte, los evangelios afirman que era *tékton* de oficio; es decir, un hombre que trabaja con sus manos (Campbell, 2005); y que enseñó este oficio a su hijo Jesús. Gracias a este trabajo silente y humilde, la Iglesia lo reconoce como el patrón de los trabajadores.

No es conveniente comprender el trabajo y la espiritualidad como dos realidades distintas y cohabitantes. Desde una perspectiva fenomenológica, la espiritualidad es un proceso relacional entre el ser humano y Dios; en el

cual hay una transformación activa por el amor (Waaijman, 2011). Esta relación puede ser entendida como un proceso de integración que tiene por horizonte que cada acto de la vida sea una manifestación de la comunión entre lo humano, lo cósmico y lo divino —la relación cosmoteándrica como la definiría Panikkar (2005)—. Así las cosas, el trabajo es parte integral de la experiencia espiritual.

Esta ponencia tiene por objetivo discernir los retos particulares de la vida laboral actual desde la figura de san José, las Sagradas Escrituras y la tradición espiritual del cristianismo. Procederemos en consonancia con los momentos del método teológico latinoamericano: una mediación sociocultural e interdisciplinar; la hermenéutica espiritual y los caminos de la praxis espiritual o mistagogía.

2. Enfermedades en la vida laboral

La pandemia por COVID-19 ha trastornado todos los ambientes de la vida humana; y el trabajo no ha sido la excepción. El impacto económico de esta crisis global llevó al país a tener índices récord de desempleo entre junio y julio de 2020 superiores al 22 %; aunque se muestra una recuperación parcial, todavía no alcanzamos los niveles inferiores al 10 % de 2018 (DANE, 2021). Asimismo, este tiempo trajo consecuencias nefastas para las personas que viven en la informalidad. Al no poder realizar su trabajo ni encontrar fuentes de ingreso alternativo, miles de familias vivieron verdaderos momentos de precariedad, inestabilidad e incertidumbre.

Para quienes conservaron su empleo —o retornaron a él—, se enfrentaron a transformaciones drásticas. Las restricciones de bioseguridad catalizaron tendencias que ya estaban presentes en el mundo laboral: digitalización, trabajo en casa, reuniones virtuales, etc. El momento más crítico de este proceso fue el primer semestre de la pandemia, porque supuso tener que adaptarse rápidamente en un tiempo de gran incertidumbre; con el agravante de una lectura cortoplacista y sobresimplificada en casi todos los actores de la sociedad. Con el confinamiento, se impuso para la mayoría el trabajo en casa; espacio que, a su vez, debió acoger una nueva dinámica

con sus propios retos: oficios domésticos, colegio en casa, convivencia, conectividad, entre tantos otros. Es en este último grupo en el que vamos a centrar nuestra atención, exponiendo cuatro desafíos apremiantes.

Vivimos en un mundo frenético; más aún en las grandes ciudades. El ritmo de la vida ha cambiado de forma drástica. Nos gobierna un anhelo de inmediatez y una constante prisa. Algunos han definido este tiempo como la era de la velocidad o la aceleración (Tamás, 2015); donde se impone la máxima “cuanto más rápido, mejor”, en todos los ámbitos de la vida y la cultura. En el mundo laboral es evidente una creciente necesidad de adaptarse con agilidad frente a los cambios del contexto o el mercado; y una búsqueda por eficacia, principalmente relacionada con el recurso del tiempo.

Incluso se ha llegado a describir una patología conocida como “enfermedad de la prisa”, que el diccionario médico Segen define como “un malestar en el que la persona se siente crónicamente apurada o corta de tiempo y, por lo tanto, tiende a realizar todas las tareas rápido y a experimentar frustración cuando se enfrenta con algún tipo de retraso” (Segen’s Medical Dictionary, 2021). Esta condición, extendida con extraordinaria prevalencia, ha moldeado espacios de trabajo llenos de ansiedad y afán, lo que trae consecuencias muy negativas en materia de motivación, identidad, cultura y clima laboral.

Según Sternad y Kennelly, esta aceleración en el ritmo de vida genera un tipo de liderazgo cortoplacista, que trae una menor disposición para construir y mantener relaciones de largo plazo (Sternad y Kennelly, 2019). Un ambiente laboral marcado por la prisa afecta la posibilidad de interacciones significativas entre pares o momentos para que los líderes puedan dedicarse a tareas estratégicas que demandan tiempo y atención. Así lo apuntaba el papa Francisco (2015): “Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor” (n.º 225).

Como agravante de lo anterior, vivimos en un mundo saturado de información. Si bien la mayor disponibilidad de datos ha permitido abordar problemas complejos, también es cierto que no toda la información que recibimos resulta igualmente relevante. Esto ha traído lo que Han describe como el ‘síndrome de la fatiga de la información’, en el cuál “los afectados se quejan de creciente parálisis de la capacidad analítica, perturbación de la atención, inquietud general o incapacidad de asumir responsabilidades” (2014).

Esta avalancha de información nos lleva a vivir hiperestimulados, llenos de notificaciones, pantallas y ruido. Estamos cada vez más distraídos y dispersos. Esta realidad se extiende desde el trabajo hasta el ocio. Un estudio de 2020 reveló que, en promedio, un colombiano pasa más de 9 horas diarias conectado a internet —más de la mitad de este tiempo es a través del teléfono móvil—, de las cuáles invierte 3 horas y 45 minutos en redes sociales o aplicaciones de mensajería, y 3 horas y media viendo contenido audiovisual (Medina, 2020).

La primera consecuencia que podemos identificar para el trabajo está relacionada con la fatiga. Moss (2021) plantea que nos encontramos en medio de una epidemia de *burnout* o ‘síndrome del trabajador quemado’. La Organización Mundial de la Salud define este síndrome como:

El resultado de estrés crónico en el lugar de trabajo que no se ha manejado con éxito. Está caracterizado por tres dimensiones: sentimientos de agotamiento o falta de energía; distancia, negativismo o cinismo frente al propio trabajo; y una reducción de la eficacia profesional. (OMS, 2019)

Entre las principales causas de esta epidemia está una insostenible carga laboral. En un estudio reciente, el 62 % de las personas que manifestaron estar desbordados por sus responsabilidades experimentaron fatiga crónica frecuente o extremadamente frecuente en los últimos tres meses (Moss, 2021a). Para casi todas las personas que se vieron forzadas a trabajar desde casa los horarios se desdibujaron, y es frecuente encontrar quienes

sintieron que era difícil desconectarse de sus tareas, extendiendo su jornada hasta altas horas de la noche. Además, el cambio abrupto de condiciones significó asumir nuevas tareas y reaprender procesos o herramientas de trabajo. A esto debemos sumar las reuniones excesivas e improductivas; las actividades de reporte o calidad; la cultura organizacional que no privilegia la autonomía, y la falta de regulación laboral en materia de trabajo remoto.

La segunda consecuencia está relacionada con la falta de claridad, especialmente en los líderes. Tiempos convulsos demandan medidas drásticas: priorizar lo importante, leer adecuadamente el contexto y tomar decisiones con una mirada al largo plazo. Todo esto requiere calma y atención que, por lo expuesto hasta el momento, son dos condiciones cada vez más escasas. Cuando todo entra en la categoría de lo ‘urgente’ actuamos con prisa y ansiedad. Como sociedad no terminamos de atisbar las consecuencias que la pandemia ha traído y los horizontes dentro de los cuales se desarrollarán nuestras labores en un futuro pos-COVID-19. En algunos persiste todavía el anhelo nostálgico de regresar a un mundo —y un trabajo— que ya no volverá.

Un tercer fenómeno digno de mención es el relacionado con la remuneración y el dinero. El ganador del premio Nobel de economía Daniel Kahneman (2012) expone cómo muchas de las decisiones que consideramos libres y racionales vienen marcadas por mecanismos subconscientes de la mente. Estos sesgos entran en acción mediante asociaciones de las imágenes, palabras, conceptos, lugares, etc., lo que se conoce como *priming*. Estudios demuestran que cuando personas fueron estimuladas con imágenes de dinero —aun cuando fuesen billetes falsos—, el impacto en el comportamiento fue notorio, en detrimento de la solidaridad, empatía y capacidad para solicitar ayuda. Afirma el autor: “El tema general de estos resultados es que en la idea de dinero prima el individualismo: una renuencia a implicarse con otros, a depender de otros o a atender requerimientos de otros” (p. 43).

Por su parte, Daniel Pink (2009) ha estudiado el efecto que tienen los incentivos económicos. Contrario a la lógica preponderante en las organizaciones, las recompensas monetarias van en detrimento de la

motivación intrínseca; la visión panorámica o heurística, necesaria para resolver problemas complejos, el desempeño profesional y la creatividad. Pese a lo anterior, son muchas las personas cuyo esquema de remuneración genera excesiva atención en el dinero: bien sea por recibir un porcentaje muy alto de su salario de manera variable —asociado a métricas de desempeño, objetivos, comisiones, bonificaciones, etc.—, o bien por estar vinculados en contratos de prestación de servicios, lo que además genera menor estabilidad.

Por último, se nos presenta como inaplazable el desafío de la sostenibilidad. El papa Francisco (2015) ha resaltado que el reto de la ecología ambiental, económica y social “exige sentarse a pensar y a discutir acerca de las condiciones de vida y de supervivencia de una sociedad, con la honestidad para poner en duda modelos de desarrollo, producción y consumo”.

La agenda multidimensional consignada en los 17 objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas pone de relieve que es necesario un compromiso activo de todos los miembros de la sociedad. Dentro de esta agenda hay un objetivo que específicamente entra en relación con la dimensión laboral llamado ‘trabajo decente y crecimiento económico’, que pone de manifiesto la relación entre la seguridad laboral, el crecimiento económico y la conservación del medio ambiente (ONU, 2021). Desde una perspectiva organizacional, este será un tema cada vez más prioritario en la agenda estratégica, pues no bastarán algunas iniciativas aisladas para la reducción del impacto, sino que se requerirá una mirada holística y un abordaje sistemático (De Smet *et al.*, 2021).

3. San José: trabajador y místico

Lo descrito en el apartado anterior, de manera interdisciplinar, constata la presencia de fenómenos que amenazan la humanidad y que repercuten de manera directa con el trabajo. Desde una perspectiva espiritual, la salud y la enfermedad no se limitan a la esfera biológica y psíquica del ser humano, sino que estas afectan todo su ser (Lésniewski, 2017). Así las cosas, podemos hablar de cuatro patologías relacionadas con el mundo del

trabajo: la fatiga, la ceguera espiritual o falta de discernimiento, la codicia y la ruptura de las relaciones fundamentales del ser humano “con Dios, con el hombre y con la tierra” (S.S. Francisco, 2015, n.º 66).

Por lo dicho anteriormente sobre san José, es prudente preguntarnos: ¿qué luces encontramos en su figura para estos temas que nos aquejan?

3.1. José, un hombre justo

Es llamativo que el único adjetivo que usa el evangelio para describir a José es el de “hombre justo” (Mt 1, 19); el cual debe entenderse en un sentido amplio. La piedad y la justicia están íntimamente relacionadas: la piedad como dimensión religiosa, y la justicia como la acción pública en la comunidad y en la sociedad (Boff, 2007). El justo es un hombre que camina en el espíritu de la *Torah*.

En el judaísmo, el *shabbat* es la fiesta de la justicia y la santidad divina. En esta celebración, el descanso es el culto. Dirá Crossan (2011):

El día del sábado no tiene nada que ver con liberarse del trabajo para que uno pueda ir a algún lugar dedicado al culto. Trata de la justicia distributiva del descanso del trabajo, para todos los que trabajan, como un culto en sí mismo. Es la manifestación pública del auténtico carácter de Dios como el Justo, porque procede de la misma creación de Dios. (p. 70)

El descanso aparece como uno de los elementos nucleares de la espiritualidad de Israel. Según el libro del Deuteronomio, esta práctica tiene por fundamento recordar y encarnar la acción liberadora de Dios sobre el pueblo esclavizado: “Recuerda que fuiste un esclavo en el país de Egipto, y el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido; por tanto, el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día sábado” (Dt 5, 15). Así pues, el descanso es el culto de la libertad humana; y la falta de él, la consecuencia de la esclavitud.

Cuando el trabajo pierde su ritmo natural es señal de que hemos perdido nuestra libertad, ya sea por las cadenas que otros imponen sobre nosotros, o las que nos someten desde adentro en todos los ámbitos de la vida. Entonces, fuera de balance, el trabajo ya no es un medio para desplegar nuestra vocación, sino una carga casi insoportable. Ante la pregunta ¿qué o quién me lleva a este punto?, cada uno encontrará respuestas diferentes: puede ser la codicia, el deseo de prestigio y reconocimiento o el miedo, y la inseguridad que produce perder el trabajo.

El verdadero problema es que estas dinámicas acontecen en nuestros puntos ciegos existenciales; desconocemos sus causas y sus efectos en nosotros, y por eso logran someternos. Son mecanismos no conscientes que surgen desde muy temprano en la vida para poder lidiar con las carencias y las heridas; en palabras de Thomas Keating (2011), “programas para la felicidad” que nos separan de lo que somos en realidad.

3.2. San José, hombre de discernimiento

El Evangelio de Mateo nos relata tres episodios de la vida del hogar de Nazaret desde la perspectiva de san José. Todos están definidos por momentos de revelación mística. El primero, cuando su prometida María queda embarazada y él ha decidido repudiarla en secreto (Mt 1, 18-20); el ángel del Señor se le aparece en un sueño y lo invita: “No temas tomar contigo a María tu mujer” (Mt 1, 20-21). Después, el ángel le comunica que la vida del niño está en riesgo y que debe partir a Egipto (Mt 2, 13-15), y por último, cuando le dice que es tiempo de regresar y entrar en la tierra de Israel (Mt 2, 20-21).

En estas narraciones podemos ver a un hombre que progresa en la acogida de la voluntad divina. Dicho de otro modo, José es un hombre que discierne. Repudiar a su mujer públicamente hubiese sido lo habitual; la determinación de hacerlo en privado muestra alguna compasión por María, pero en esta determinación José no se desprende de su propio querer y sentir. Sin embargo, el ángel cambia por completo su perspectiva y le revela cuál es su papel en todo esto. Esta revelación es progresiva, pues

después se le pide un cambio radical de planes, partir a otro lugar, dejar todo atrás y huir en medio de la noche. José calla y obedece. Por último, regresa de Egipto a Israel, como sus antepasados, y es guiado a encontrar el lugar para establecerse.

Todos estos momentos que atraviesa José están llenos de gran incertidumbre y dificultad, cambian “sus planes”, pero abriéndolo a la aceptación de su papel en la historia de la humanidad. Así pues, el discernimiento le permite interpretar a José el contexto, las señales y su lugar en todo esto. Nótese que en todos estos episodios José estaba reposando. El discernimiento requiere distancia, quietud y silencio. Ignacio de Loyola advierte de la importancia de apartarse para poder conocer la voluntad de Dios, pues esto lo pone a Él en primer lugar, porque nos permite recogerlos de la dispersión, y encontrar en esta quietud la disposición para el encuentro con el Amado (san Ignacio de Loyola, 2014, n.º 20).

Para los Padres del Desierto, según lo recibimos de Juan Casiano (2019), discernir es semejante a la labor de un hábil cambista, el cual debe distinguir el oro puro del que no ha sido purificado, el oro de otros metales brillantes y las monedas genuinas de las falsificaciones, aun cuando estén hechas de oro macizo (1.ª conferencia, XX). Para San Ignacio, el discernimiento nos libra de atender y acoger mociones que no nos abren a la experiencia de la trascendencia y de la vida, sino que nos encierran sobre nosotros mismos (San Ignacio de Loyola, 2014, n.ºs 313-336).

La voluntad de Dios, como concepto, puede traer algunas dificultades, en especial si la comprendemos como un mandato arbitrario y externo a nosotros y a la realidad. No obstante, la voluntad divina es la expresión más auténtica del ser humano cuando logra desprenderse de sus motivaciones ocultas, de los engaños y autoengaños que frenan su auténtica personalidad. La coyuntura crítica por la que pasan en este momento casi todas las organizaciones de la sociedad requiere líderes capaces de discernir los acontecimientos y así tomar decisiones que estén orientadas a buscar los caminos de la perfección y del bien común; sin que interfieran en esa búsqueda los miedos, las heridas, la codicia, la vanagloria y la soberbia. Al

final, es a través del discernimiento que ganamos claridad y consciencia sobre lo real y nos libramos de obrar como cegados por nuestras oscuridades.

3.3. El carpintero: trabajo y dinero

Aunque conocemos poco de los días de José en su taller, la tradición ha encontrado en su oficio gran significado e inspiración. El papel del paterfamilias en las relaciones domésticas era preponderante, en particular en lo referente a la formación de los hijos. Como bien lo recuerda Boff: “San José es un artesano, no un rabino. En él cuentan más las manos que los labios, más el trabajo que las palabras” (2007). Este trabajo humilde y aparentemente insignificante tiene una increíble fecundidad. Es el telón de fondo del crecimiento y la formación de Jesús. Afirma el papa Francisco (2020): “San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo” (n.º 6).

Más aún, san José personificó en la Sagrada Familia el rostro del Padre, artesano del universo que trabaja en la creación, para nuestro bien y cuidado (Boff, 2007). San Ignacio dirá que, para alcanzar el Amor, debemos contemplar al Padre trabajando y laborando por nosotros en todas las cosas creadas (San Ignacio de Loyola, 2014, n.º 236). Con nuestras obras, entramos en la dinámica del amor universal que se dona a los demás en comunión. Dios trabaja y nos invita a trabajar con Él y por Él. Por esto, afirma el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (2005): “El trabajo humano, orientado hacia la caridad, se convierte en medio de contemplación, se transforma en oración devota, en vigilante ascesis y en anhelante esperanza del día que no tiene ocaso” (n.º 266).

Así las cosas, es la orientación, la motivación última, lo que determina la fecundidad de nuestras labores. Pero para poder entrar en este movimiento fundamental —receptividad/donación—, el ser humano debe desprenderse de la constante búsqueda por la seguridad material, pues esta se convierte en una distracción: el corazón se llena de preocupaciones que no le permiten ver la bondad de Dios que cuida de la creación (Mt 6, 25).

La paz y la pobreza de espíritu están intrínsecamente conectadas. Jesús dirá que no se puede servir a dos Señores; es cuestión de imposibilidad, de incompatibilidad fundamental, porque el deseo de riqueza termina gobernando todas las decisiones de la vida (Mt 6, 24). Evagrio Póntico (1995) afirma que asumir la pobreza es el camino para poder superar la dispersión y así encontrarse con Dios: “Ve, vende cuanto posees y dalo a los pobres; y tomando tu cruz niégate a ti mismo para que puedas orar sin distracción” (Sobre la oración, n.º 17).

Por esto el uso de los incentivos económicos representa un riesgo espiritual para la humanidad. Las consecuencias las padecemos de tiempo en tiempo de manera crítica, como en la última crisis financiera global. El trabajo debe tener en el centro una motivación genuina y trascendente, más allá de la simple búsqueda de bienestar económico. Esta intuición gana presencia en el mundo institucional; de ahí que sea tan recurrente la literatura sobre el trabajo con propósito como clave para generar verdadera motivación, enfrentar los embates de la incertidumbre y caminar de forma decidida hacia la sostenibilidad.¹

3.4. San José, protector de la vida

Como vimos anteriormente, el ángel del Señor va impulsando y conduciendo a José para desempeñar un papel fundamental: cuidar la vida del niño Jesús; una vida amenazada por Herodes, es decir, por el poder político. En esta experiencia de cuidado podemos encontrar la profundidad espiritual de quien ha contemplado al Hijo de Dios, al Verbo eterno que se ha hecho carne, que se ha hecho niño.

El camino espiritual reestablece en el ser humano la armonía de sus relaciones: consigo mismo y con los otros, con la creación y con el Absoluto. La encarnación y la pascua vienen a desentrañar el misterio del ser; la presencia del Logos divino en todo cuanto existe; el corazón

1 (Cf. Dhingra *et al.* 2021; Fink, 2018; Quinn y Thakor, 2018).

mismo de la realidad. Nosotros también debemos dejarnos interpelar por esta vocación de cuidar al Hijo encarnado, amenazado en los pobres, los migrantes, los enfermos; y también en los ríos, el aire, la biodiversidad y los ecosistemas. Es el cuidado de la casa común. El *telos* de la transformación es la compasión universal y la consciencia de la unidad de lo real.

Para san Isaac de Nínive (2020), el fin del ser humano “es un corazón misericordioso hacia toda la naturaleza creada” (p. 151). Prosigue:

¿Y qué es un corazón misericordioso? Es el incendio del corazón que arde por toda criatura: por los hombres, por los pájaros, por las bestias, por los demonios y por todo lo que existe. Al mero recuerdo de estos seres, y ante su vista, sus ojos derraman lágrimas por la violencia de la misericordia que oprime su corazón a causa de su gran compasión. Su corazón se derrite, y no puede soportar cuando oye o cuando ve un daño o un pequeño sufrimiento de cualquier criatura. (p. 151)

Por consiguiente, los desafíos que se nos presentan como humanidad en materia de superación de la pobreza, educación, acceso a los recursos naturales, el cuidado de la biosfera y la violencia tienen en su núcleo que nuestras relaciones fundamentales están rotas. Los problemas sociales y ecológicos tienen una raíz espiritual en el ser humano y, por lo tanto, una solución espiritual. Así lo expresa el papa Francisco (2015) en su encíclica *Laudato si'*:

No se trata de hablar tanto de ideas, sino sobre todo de las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar una pasión por el cuidado del mundo. Porque no será posible comprometerse en cosas grandes solo con doctrinas sin una mística que nos anime, sin “unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria”. (n.º 216)

4. El silencio: la mistagogía de José

Quizá uno de los rasgos más llamativos es el silencio en el que está envuelta toda la actuación de José; “pero es un silencio que describe de modo especial el perfil interior de esta figura” (S.S. Juan Pablo II, 1989). De él conocemos sus actos, su trabajo, su obediencia y su apertura y acogida a la Palabra de Dios hecha carne (Jn 1, 14), pero no sus palabras. Este silencio refleja el horizonte existencial de José, que no existe para sí mismo sino para el Verbo, lo que reviste su vida de extraordinaria sencillez y cotidianidad.

El silencio es el lenguaje del Padre y, por lo tanto, la experiencia más pura de la oración. Así lo confirman los grandes místicos de la historia: una experiencia unitiva de Dios en el abismo y oscuridad del silencio contemplativo. José es, entonces, un maestro del silencio:

Aquel que viene del silencio fue el primero en escuchar la palabra. A aquel que vino de la oscuridad de la vida cotidiana le fue dado contemplar, él primero, la luz que ilumina a todo ser humano que viene a este mundo. (Boff, 2007)

Es en el recogimiento y la quietud del silencio que podremos entrar en la morada interior que enseña Jesús (Mt 6, 6), pues no es la cantidad de palabras sino el encuentro con el Otro en mí y en el cosmos. Solo allí encontramos la salud integral, la posibilidad de discernir los signos de los tiempos y experimentamos la transformación de nuestro corazón en una fuente de agua viva para los demás (Jn 4, 14). Por esto mismo es necesario que encontremos el camino del silenciamiento en una sociedad llena de ruido. No se trata de una actitud de ruptura, desinterés o aislamiento. Por el contrario, José nos enseña que en el silencio germina oculto el Reino de Dios que está en nosotros.

Por eso, todos los desafíos o patologías descritas en esta ponencia tienen en el silencio su terapia y su medicina. Así lo señala S.S. Francisco (2015):

La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? (n.º 225)

Somos testigos de una época de despertar del anhelo de silencio, evidente en el crecimiento de distintas prácticas de meditación y contemplación en la sociedad contemporánea. Aun así, debemos reconocer el riesgo de la trivialización consumista de occidente, donde la motivación detrás de la búsqueda es el propio beneficio: la autocomplacencia, el confort o bienestar, lo que puede truncar el desarrollo de una espiritualidad auténtica.

El silencio, en cambio, es camino de kénosis: desprendimiento y abajamiento. Este movimiento nos dispone para acoger, como José, la vida que solo el Hijo puede dar.

Referencias

- Boff, L. (2007). *San José: Padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Sal Terrae.
- Campbell, K. M. (Sep de 2005). What was Jesus' occupation? *Journal of the Evangelical Theological Society*, 501-519.
- Casiana, J. (2019). *Colaciones I*. Ediciones Rialp. Edición de Kindle.
- Crossan, J. D. (2011). *Cuando oréis, decid: 'Padre nuestro..'*. Sal Terrae.
- DANE. (2021). *Principales indicadores del mercado laboral*. https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/bol_empleo_jul_21.pdf
- De Smet, A., Gao, W., Henderson, K. y Hundertmark, T. (10 de agosto de 2021). *Organizing for sustainability success: Where, and how, leaders can start*. <https://www.mckinsey.com/business-functions/sustainability/our-insights/organizing-for-sustainability-success-where-and-how-leaders-can-start>
- Dhingra, N., Samo, A., Schaninger, B. y Schrimper, M. (5 de Abril de 2021). *Help your employees find purpose—or watch them leave*. McKinsey Insights. <https://www.mckinsey.com/business-functions/organization/our-insights/help-your-employees-find-purpose-or-watch-them-leave>
- Evagrio Póntico. (1995). *Obras Espirituales: Tratado práctico a los monjes, Exhortación a una virgen, Sobre la oración*. Editorial Ciudad Nueva.
- Fink, L. (2018). *A Sense of Purpose: Larry Fink's Annual Letter to CEOs*. BlackRock. <https://www.blackrock.com/corporate/investor-relations/larry-fink-ceo-letter>

- Han, B.-C. (2014). *En el ejambre*. Herder.
- Isaac de Nínive. (2020). *El don de la humildad*. Ediciones Sígueme.
- Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Debate.
- Keating, T. (2011). *Invitation to Love 20th Anniversary Edition*. Edición de Kindle.: Bloomsbury Publishing.
- Lésniewski, K. (2017). *Las enfermedades del espíritu: Diagnóstico y tratamiento en clave cristiana*. Ediciones Sígueme.
- Medina, R. (21 de septiembre de 2021 de 2020). *Estadísticas de la situación digital de Colombia en el 2019 y 2020*. Branch. <https://branch.com.co/marketing-digital/estadisticas-de-la-situacion-digital-de-colombia-en-el-2019-y-2020/>
- Moss, J. (2021). Beyond Burned Out. *Harvard Business Review Digital Articles*, 1-17.
- Moss, J. (2021). *The Burnout Epidemic: The Rise of Chronic Stress and How We Can Fix It*. Harvard Business Review Press.
- OMS. (28 de mayo de 2019). *Burn-out an “occupational phenomenon”*: *International Classification of Diseases*. Organización Mundial de la Salud. <https://www.who.int/news/item/28-05-2019-burn-out-an-occupational-phenomenon-international-classification-of-diseases>
- ONU. (12 de septiembre de 2021). *Objetivos de Desarrollo Sostenible*. <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/>
- Panikkar, R. (2005). *e la mística. Experiencia plena de la vida*. Herder .
- Pink, D. H. (2009). *Drive: The surprising truth about what motivates us (Edición de Kindle)*. Penguin Group.

- Pontificio Consejo “Justicia y Paz”. (2005). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Roma: Editrice Vaticana.
- Quinn, R. E. y Thakor, A. V. (julio-agosto de 2018). Creating a Purpose-Driven Organization. *Harvard Business Review*, 78-85.
- S.S. Francisco. (2015). *Laudato si*. Roma.
- S.S. Francisco. (2020). *Patris corde*. Libreria Editrice Vaticana.
- S.S. Juan Pablo II. (1989). *Redemptoris custos*. Libreria Editrice Vaticana.
- S.S. Juan Pablo II. (1989). *Redemptoris custos*. Libreria Editrice Vaticana.
- San Ignacio de Loyola. (2014). *Ejercicios espirituales*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Segen’s Medical Dictionary. (20 de Septiembre de 2021). *Hurry Sickness*.
- Sternad, D. y Kennelly, J. J. (2019). The effects of social acceleration on the organization-place relationship. *Tamara Journal for Critical Organization Inquiry*, 17(3), 26-36.
- Tamás, D. (2015). Of Slowness in the Age of Speed. *Acta Universitatis Sapientiae - Social Analysis*, 5-12.
- Waaijman, K. (2011). *Espiritualidad: formas, fundamentos y métodos*. Ediciones Sígueme.